



Revista de Claseshistoria

Publicación digital de Historia y Ciencias Sociales

Artículo Nº 161

19 de junio de 2010

ISSN 1989-4988

[Revista](#)

[Índice de Autores](#)

[Claseshistoria.com](#)

MARÍA BEGOÑA SÁNCHEZ NEGRO

Francia 1814-1815

RESUMEN

Los años de 1814-1815 pueden parecer un tanto paradójicos, si los comparamos con el vitalismo de la sociedad francesa de 1789-1812, 1820, 1830 o 1848. En 1814-1825, nos encontramos una Francia agotada por una guerra que ha perdido; indiferente, en un principio, por una Monarquía que le han impuesto las élites realistas.

PALABRAS CLAVE

Restauración, Tratados de París de 1814-1815, Economía, sociedad, Monarquía Constitucional.

María Begoña Sánchez Negro

sbego_@hotmail.com

[Claseshistoria.com](#)

19/06/2010

Los años de 1814-1815 pueden parecer un tanto paradójicos, si los comparamos con el vitalismo de la sociedad francesa de 1789-1812, 1820, 1830 o 1848. En 1814-1825, nos encontramos una Francia agotada por una guerra que ha perdido; indiferente, en un principio, por una Monarquía que le han impuesto las elites realistas.

Schwarzenberg el prudente y Blücher el fogoso, con 250.000 hombres, franquean el Rin y se apoderan de las provincias del Nordeste. Holanda se subleva y acoge al Príncipe de Orange, protegido por Bernadotte, que está en Bélgica con 159.000 hombres. Suiza deroga el 29 de diciembre, el Acta que le liga al Emperador. En Italia, Murat le traiciona y se une a los austríacos en Bellegarde, quienes a su vez, rechazan en los Alpes a Eugenio de Beauharnais. En los Pirineos, Wellington ha forzado, en octubre de 1813, el paso del Bidasoa con 100.000 hombres. Napoleón sólo cuenta con 60.000 hombres en realidad, aunque sean 400.000 en teoría. Contrariamente a 1793, la sociedad de 1814 permanece inerte. A finales de 1813, el Emperador exclama *“si Francia me abandona, yo no puedo hacer nada”*. ¿Cuál es el pulso de esta nación, que tan sólo 6 años después se lanza a otra revolución.



Napoleón

La economía francesa se sustentaba en que el 72% de los franceses vivían de la agricultura en 1814, que todavía producían las tres cuartas partes de la renta anual francesa. Pero los cultivos eran tan débiles como aleatorios; el utillaje del campo era tan rudimentario como el del siglo anterior; y la división del suelo se acentuaba año tras año, a pesar de lo cual, la propiedad que rebasaba las 800 ha, era más o menos, una cuarta parte del total del suelo cultivado.

La Francia del Este y del Norte avanzaba con respecto a la del Sur y del Oeste. Allí, la práctica de cultivos rotativos y de hierbas artificiales, hacían progresos más seguidos. La patata y remolacha se cultivaba cada vez más, pero lo cierto es que el agricultor soportaba alzas y bajas de los precios en función de la cosecha de los cereales:

“Las cosechas de 1814 y 1815 fueron tan buenas, que el Gobierno autorizó ampliamente las exportaciones de granos. Pero la ocupación extranjera y sus requisiciones agotaron los stocks¹”.

A pesar de la postura de no intervenir en la vida económica del país, el Gobierno se encontró con la obligación de actuar. Había hambre en París, y sólo el “terror blanco” impuesto por Fouché, evitó que los males pasaran de simples altercados.

En conjunto, parece que la agricultura francesa vivió hasta 1830 un período difícil, donde los beneficios realizados, cuando existían, no eran suficientes para permitir fuertes inversiones, que habrían sido necesarias para elevar la productividad del suelo, máxime, teniendo en cuenta, la situación de la agricultura en un país en guerra.



Los más perjudicados eran los grandes propietarios, que debían renunciar a percibir el montante íntegro de sus arrendamientos. Los arrendatarios estaban presionados por los contratos establecidos en las coyunturas más favorables. Los salarios de los obreros agrícolas apenas daban para comer. Los menos perjudicados fueron los pequeños propietarios, pues el cereal para ellos sólo representaba parte de su economía familiar.

Desde luego, era imposible planificar, ni siquiera intentar nada en el suelo francés durante aquellos años de guerra. Sólo después del segundo Tratado de París, Richelieu se decidió a comprar trigo a Rusia, si bien dejó las arcas del tesoro agotadas para cualquier tipo de inversiones posteriores.

Ya en 1815, los grandes propietarios, faltos de dinero, pensaron en mejorar las técnicas de cultivo, en vez de dedicarse a comprar más tierra. Este detalle ya nos está hablando de un cambio de mentalidad respecto del Antiguo Régimen, que acercaba al terrateniente francés a los modos de sus correligionarios británicos.

Así pues, el panorama que se nos presenta es el de persistencia de métodos arcaicos, y aparición de formas nuevas. Va a ser la misma relación que encontramos en la industria francesa del momento.

Alrededor de Vimontiers, 20.000 tejedores fabricaban cretonas; lo mismo ocurría en otras ramas de la industria en Aube, Troyes, S Quintín, Nancy, y Lyon, que a partir de 1815 será la capital de la seda, cuyas exportaciones no cesaron ni aun cuando Francia estaba ocupada.

Los obreros se agrupaban sobre todo en el Norte. El combustible empleado era la madera, la extracción de hulla, con métodos arcaicos, aumentó de 1 millón de

¹ G. Bertier de Sauvigny: La Restauración. Madrid, Pegaso, 1980, P 270

toneladas en 1814, a 1'5 en 1816². La fábrica era todavía un fenómeno nuevo y raro, y en Francia, prácticamente inexistente.

El maquinismo era del todo inexistente en 1814 y 1815, faltaba también mano de obra cualificada. Allí donde las industrias estaban mecanizadas, estaban todavía movidas por molinos de agua. La máquina de vapor era una curiosidad a comienzos de la Restauración, y Francia se dedicó, como único recurso, al espionaje industrial, que por otro lado era la moneda de cambio de todas las naciones de Europa con Inglaterra, la nación anfitriona de la maquinización.

El estado de las comunicaciones no permitía, ni un fuerte desarrollo industrial, ni que éste fuera sostenido. Además, la política comercial de la Restauración durante estos dos años críticos era comprar lo menos posible y vender lo más posible, en la continuación del más puro mercantilismo, colbertismo o cualquier otra acepción que se le quiera poner al sostén intelectual del comercio del Antiguo Régimen. Lo cierto es que Francia no tenía nada que vender y comprar lo menos posible era relativamente fácil durante la ocupación extranjera.

Las barreras protectoras fueron la tónica de la Restauración, cualquiera que fuese el Gobierno. Además, el comercio colonial se encontraba estrangulado por la pérdida de Santo Domingo en el Tratado de París de 1814. Fue necesario recurrir al pacto colonial inspirado en el más puro colbertismo, pero las diferencias abismales entre los precios interiores y los exteriores, dieron lugar a una de las épocas doradas del contrabando a lo largo de toda la frontera con Bélgica y el Rin. Inglaterra, Rusia, Suecia, los Estados Unidos y los Países Bajos, respondieron a los productos franceses de igual manera, esto es, elevando las tasas arancelarias.

Todo este panorama se encontraba agravado, en el caso francés, por la penuria real de moneda en metálico. Baste con citar que la banca francesa no emitía más que billetes de 1.000 y 500 francos en 1815. Los principales bancos de París esperaban los grandes empréstitos emitidos a continuación de los Tratados de 1815, lo que les llevó a inmovilizar sus capitales y los de sus clientes.

La época de Luis XVIII se considera pues como el último apéndice de la economía del Ancien Régime. Queda a su favor que, viniendo de los años tormentosos, permitió a la nación encontrar la calma de la que tenía necesidad para rehacer sus fuerzas agotadas. Estos años de especulación, convalecencia y a la vez, de consolidación, donde se ponen los fundamentos del renacer futuro, son años de restauración.

La sociedad francesa contaba con 30 millones de personas. La población crecía a un ritmo de entre 160.000 y 245.000 habitantes más por año. El campo estaba mucho más poblado, con un 21% del conjunto de la población viviendo en aglomeraciones de más de 1.500 almas. Desde luego, era una población joven, de ahí

² G Bertier de Sauvigny: *Ibidem*, P 276

el dinamismo que experimenta durante la primera mitad del siglo XIX, aunque bastante sofocada por las numerosas y casi continuas levas del Imperio.

No parece que la revolución hubiera roto los viejos ligamentos de la solidaridad familiar. Los hijos seguían casándose por conveniencias económicas y ni siquiera se les consultaba. Esto era así en 1815, tanto en la cúspide como en los sótanos de la sociedad. Por otro lado, el Código Civil mantenía a la mujer en situación de dependencia respecto de su marido, aunque los cronistas reflejan que era muy patente el dominio real que ella ejercía en los hogares.

Planteado este ligero esbozo, se puede comprender mejor la distribución por clases sociales. En la mayor parte de Europa, la Nobleza, que ocupaba los más altos cargos de la Administración, se mostraba plenamente anti-liberal y hasta reaccionaria; en esas mismas naciones, el Clero apoyaba ese conservadurismo extremo; pero en Inglaterra y Francia, la Nobleza estaba lo suficientemente mezclada con los burgueses enriquecidos (en el caso de Francia, como producto de la venta y compra de bienes nacionales tras la desamortización) como para que pudieran aflorar ciertas amplitudes de espíritu y de liberalismo.



Todo esto desembocó en una Europa reaccionaria. Por ello, o a pesar de ello, un nuevo espíritu revolucionario fue aflorando en todas las clases sociales, en un descontento general que, a partir de 1815, llevará a la búsqueda de la revancha.

Desde 1810, Francia pierde los mercados europeos y si bien la burguesía sufría menos que el obrero, su descontento era más peligroso. En 1813, el 5% consolidado de la deuda nacional se negociaba en la bolsa a 80 francos, pero en 1814 lo hacía a 50 francos; en 1813, el curso de las acciones de la Banca de Francia era de 1.480 francos, pero en 1814 era de 690 francos³. Evidentemente, la burguesía se puso a buscar un régimen que pudiera darle la estabilidad y la garantía que necesitaban sus negocios, y muy difícilmente el proteccionismo impuesto por Luis XVIII podía cumplir con estas premisas.



Luis XVIII

La nueva nobleza es la nueva clase social que detenta el poder político, pero está enfrentada en sí misma por su diferente manera de acceder a él y por la diferencia de sus intereses:

³ G Bertier de Sauvigny: *Ibidem*, P 7

- Antiguos republicanos, que han obtenido prebendas del Emperador y que en muchos casos habían sido senatoriales. Añoraban los días en que el poder político era manejado a sus anchas.
- Antigua Nobleza, que habían sido Prefectos, Chambelanes y Consejeros de Estado. Para ellos, Luis XVIII era el rey legítimo.

Mientras tanto, el Ejército estaba adherido más a un hombre que a un régimen, y sólo algún oficial orgulloso de su carrera al lado de Napoleón, y sobre todo la tropa, son reacios y abiertamente hostiles a la Monarquía de Luis XVIII.

Los Sans-Coulotte eran hombres nuevos, salidos de la burguesía o del pueblo, algunos incluso ennoblecidos, y si bien no apostaban por el rey, se mantuvieron expectantes durante 1814 y 1815.

El Clero estaba dividido, pues unos acogieron al monarca con los brazos abiertos, mientras que otros habían obtenido altos cargos durante el Imperio, y temían perderlos, por las represalias.

Con estas bases, se cimentó la Carta Constitucional de 1814, un régimen de compromiso entre la sociedad de la Revolución y la del imperio, impuesto por Europa a Francia, para conservar lo esencial de las instituciones nacionales e individuales. Se llamará la Monarquía Constitucional.

La Restauración no fue jurídica, ni social, sino sólo dinástica. La Carta Otorgada establecía un régimen de clara inspiración británica:

- Tres poderes bien delimitados.
- El rey, con el poder ejecutivo, la iniciativa de la sanción de las leyes, el poder de convocar las Cámaras anualmente y de disolver la Cámara elegida.
- Pares hereditarios, nombrados por el rey en número limitado.
- Diputados por departamentos, los mayores de 40 años, pagarán más de 1000 francos en impuestos directos, y son elegidos entre los electores mayores de 30 años que además paguen una contribución impositiva de 300 francos como mínimo. En total, unos 90.000 electores para toda Francia.
- Las fórmulas inglesas adoptadas eran, la votación anual del presupuesto, el discurso anual de la Corona, la memoria de la Cámara como respuesta al discurso de la Corona, y la votación por la Cámara, de las listas civiles.

Sin embargo, este marco constitucional presentaba una serie de lagunas que arrastrará toda la Restauración, como eran que no se aclaraba la responsabilidad de los Ministros ante la Cámara; que no se decía cuál era la ley electoral para elegir Diputados; y tampoco se mencionaba el régimen de Prensa escrita. En función de las respuestas a estas lagunas jurídicas, se formarán los partidos políticos.

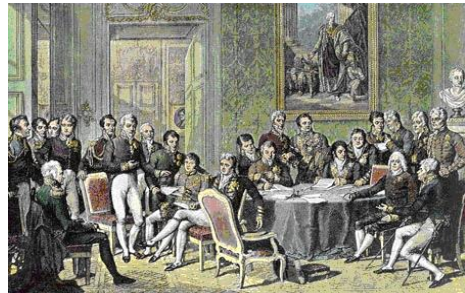
El Gobierno de Talleyrand se había de enfrentar al primer problema serio, que no era político sino anímico, la exasperación de los ánimos porque el rey no cumplía sus compromisos. En la Declaración de Cambrai, Luis XVIII había prometido la amnistía, sin embargo se ofició un Consejo de Guerra a 19 oficiales, y hubo

represalias contra los bonapartistas en Marsella, y después de Waterloo, también en el valle del Ródano.

La Restauración estaba dispuesta a desatar una epidemia de venganzas, y comenzó el movimiento de piezas. Fouché, Ministro de la policía durante el Terror Blanco, fue destituido. Se celebraron elecciones, de las que salió “La Chambre Introuvable” (la Cámara imposible de encontrar). Talleyrand dimitió y en septiembre de 1815 le sucedió el Duque de Richelieu, que formó un Gobierno todavía más a la derecha, instaurando el Terror Legal, ante el que toda Francia se dobló.

Aparentemente, el año 1815 había marcado el triunfo de la reacción, que intentaba imponer sus tendencias, tradiciones y fuerzas. Pero la revolución no había trastocado en vano, la estructura política y social de Francia, ni tampoco había propagado en vano, las nuevas ideas en los Estados más cerrados y aislados de Europa, gracias al empuje de la Grande Armée.

Los vencedores querían rehacer el mapa europeo al amparo de la Restauración, pero el Congreso de Viena no lograba la deseada estabilidad internacional que los soberanos habían prometido, ya que bajo el disfraz de la unidad ideológica, el instrumento diplomático del que se esperaba la paz, no fue capaz de suprimir las contradicciones. De hecho existían dos Europas:



– El orden político, o Restauración del Absolutismo del Antiguo Régimen. Política que tendrá su expresión en la Santa Alianza y el sistema Metternich.

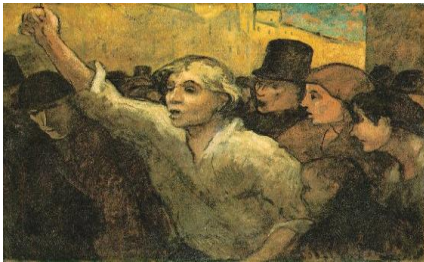
– La realidad económica y social, o extensión de la revolución industrial por el continente. La burguesía continuaba aumentando su cota de poder económico y social como clase social ascendente.

Tres fuerzas ideológicas y sociales se iban conformando en este proceso de cambio inevitable, dentro del marco de enfrenamiento entre el orden político impuesto por las Monarquías absolutas y la realidad de los negocios y de la calle, Liberalismo, Romanticismo y Nacionalismo.

No cabe la menor duda de que en 1815, los diplomáticos congregados en Viena habían puesto punto final a la aventura revolucionaria e imperial, y además habían restaurado el principio de la legitimidad, y el sentido de la jerarquía y de la autoridad. Los soberanos podían apoyarse en un sólido pensamiento filosófico que se desarrollaba en Europa desde el siglo XVIII. Era la reacción contra el individualismo de las élites, para ser más exactos, contra “la Luces” iniciada ya en las últimas décadas del siglo XVIII, reacción que se produjo de manera simultánea en Francia, Alemania, Italia e Inglaterra.

El Abate Saint-Pierre proponía una especie de Alianza medieval entre Monarcas; Kant despreciaba la idea política del equilibrio internacional al modo británico; Claude Saint-Martin tacha la revolución de error; Burke enfrenta el tradicionalismo de la Constitución inglesa a la súbita revolución; Rivarol se expresa como lo hiciera Saint-Just, al afirmar:

“una nación no tiene derechos contrarios a su felicidad... los verdaderos representantes de una nación no son quienes realizan la voluntad del momento, sino los que interpretan y siguen su voluntad eterna; esa voluntad que no difiere nunca de la felicidad y de su gloria”⁴.



Pero todas estas tesis políticas no pasaban de ser meras declaraciones de intenciones, anacrónicas por cierto, que reflejaban una profunda desvinculación de la realidad.

El siglo XIX traerá más pragmatismo, más análisis y más expectativas de futuro. De Maistre y Bonald dan coherencia al tradicionalismo. Al presentar la revolución como un castigo de la Providencia y dotar a los príncipes legítimos de un origen teocrático.

Ludwig Von Haller asimila al Estado con una familia y por tanto, el príncipe no administra la cosa pública sino sus propios negocios; el único límite a su poder es por tanto, el respeto a los demás propietarios, tesis con la liquida la teoría del Contrato Social.

Las tesis de los románticos alemanes son similares. Savigny afirma que el elemento creador de la nación es el espíritu popular, el *volksgeist*, es decir, otro defensor de la costumbre y de la tradición. Pero a medida que el Romanticismo se iba empapando de Catolicismo, empezaron a aportar justificaciones teológicas a las ideas simples de legitimidad, jerarquía y obediencia.

Adam Mühler y Friedrich Schlegel son de la opinión de que si los valores de la tradición han de ser preservados ante el empuje liberal y revolucionario, la Iglesia es quien mejor puede defenderlos y representarlos, pero para que pueda llevara cabo su tarea, se le ha de dar la mayor independencia posible. Estas tesis influyeron poderosamente en los círculos católicos alemanes, que se reunían en torno a Joseph Görres en la Universidad de Munich, pero también en los protestantes, reunidos en torno a Stahl.

⁴ J Touchard: Historia de las ideas políticas Madrid, Tecnos, 1981, P 377

Más allá de Alemania, estas tesis llegaron a Francia⁵ y Bélgica, de la mano de Lamennais, que abogaba por un catolicismo popular y ultramontano, hasta concluir que los Estados deben someterse a la Iglesia, porque ella es la fuente de la autoridad.

Sin duda, las tesis más coherentes, mejor construidas y de más trascendencia, llegan por obra de Hegel. Para él, sólo pueden existir libertades dentro del Estado. Este es la única fuente de derecho, se define exclusivamente por su soberanía y, por tanto, no reconoce otra voluntad superior a la suya.



Hegel

“El Estado educa al individuo, lejos de disminuirle le permite conservar su personalidad, le hace progresar en el sentido de lo universal, y de la libertad concreta... es la realidad absoluta y primordial, y el individuo sólo tiene sustancia, libertad, en tanto que es miembro del Estado ⁶”.

Pese a su inicial admiración por la revolución francesa, y sus viejos vínculos masones con los elementos más progresistas, a medida que envejecía, fue adoptando una filosofía cada vez más conservadora, dando justificación a la política de las Potencias, al mantener que el Estado superior tiene el derecho de vigilar al inferior

⁵ En Talleyrand confluyen, sobre todo, tres corrientes de pensamiento, dadas por su educación: eclesiástica, los juristas del siglo XVIII, y los escritores pre-revolucionarios.

⁶ J Droz: Europa: Restauración y revolución, 1815-1848 Madrid, Siglo XXI, 1974, P 4

BIBLIOGRAFÍA

Bertier de Sauvigny, G: La Restauración. Madrid, Pegaso, 1980.

Droz, J: Europa: Restauración y Revolución 1815-1848. Madrid, Siglo XXI, 1974.

Touchard, J : Historia de las ideas políticas. Madrid, Tecnos, 1981.